

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA.

SOBRE LA ORACION.

DIVISION.—Dos son los pretextos que regularmente os apartan de la oracion.—I. Decís que no sabeis orar; pues es necesario aprender.—II. No hallais gusto alguno en la oracion; pues es necesario facilitaros su costumbre.

Primera parte. No sabeis orar; primer pretexto con que os excusais; pues es preciso enseñaros. Os excusais de la oracion porque decís que no sabeis orar; este pretexto nace de tres disposiciones injustas.

1. De que os engañais en la idea que teneis formada de la oracion. La oracion no es un esfuerzo del entendimiento, sino un simple movimiento del corazon; es un gemir vivamente el alma movida á vista de sus miserias; por eso una alma sencilla é inocente se halla mucho mas instruida en la ciencia de la oracion, que los doctores y maestros. Habla á su Dios como un amigo á otro amigo, se aflige de haberle desagradado, deja hablar á su corazon, que vela y habla con ella, aun en el mismo tiempo que se distrae su entendimiento. ¿Qué cosa hay en todo esto de que

no sea capaz el alma fiel? Si para orar fuera preciso elevarse á aquel sublime grado de oracion á que suele Dios levantar algunas veces algunas almas santas, podríais excusaros de ella con decir que no habeis sido favorecidos con estos dones raros y excelentes del Espíritu Santo; pero la oracion no es un don particular reservado á ciertas almas, es una obligacion comun impuesta á todos los fieles; por eso cuando Jesucristo enseña á orar á sus apóstoles, no los descubre lo alto y profundo de los misterios de Dios, sino que el modelo que les da para orar es fácil aun para los mas simples.

1. ¿Por qué decís que no sabeis orar? ¿acaso no conoceis las infinitas necesidades de vuestra alma? ¿hay necesidad de enseñar á un enfermo á que pida su salud, ni á un hambriento á que busque su sustento? ¿en vuestras aflicciones temporales hay necesidad de enseñaros cómo habeis de exponer á Dios vuestra pena? Luego si sintiéseis las miserias de vuestra alma como sentís las de vuestro cuerpo, muy presto adelantaríais en el arte divino de la oracion. Decid que viendo en la oracion lo inmenso de vuestras necesidades, no sabeis por dónde empezar, y entonces hablareis el lenguaje de la fe. ¿Pero cómo os atreveis á quejaros de que no teneis que decir á Dios cuando quereis pedirle? Aunque no tuviérais mas que vuestros pasados delitos, ¿no os ofrecen éstos qué pedir á la divina misericordia? Si teneis la felicidad de vivir ahora cristianamente, ¿es posible que el singular favor que Dios os hizo en desengañaros del mundo, no ha de mover vuestro corazon al agradecimiento cuando estais á sus piés? Si no obstante vuestra mudanza de vida, conoceis que aun os hallais con aquel iaagotable principio de corrupcion que os debe traer siempre cuidadosos, ¿es posible que esto no os ha de

ofrecer materia de que hablar al Señor en la oracion? Por otra parte, si no teneis que pedir al Señor en la oracion, pensad en ella en los males de la Iglesia; pedid á Dios la conversion de vuestros prójimos, de vuestros amigos y de vuestros enemigos; cuanto veis, el mundo, el retiro, la corte, la ciudad, los justos y los pecadores, todo os enseña á orar.

3. Finalmente, decís que no sabeis orar, y esto consiste en que no amais á Dios. Cuando se ama sabe muy bien el corazon lo que ha de hacer para conversar y mover á la persona amada. Pongamos á Dios en nuestro corazon en el lugar que en él ocupa el mundo; restablezcamos en él el buen orden, y entonces no se hallará como extraño en la presencia del Señor.

Segunda parte. *No hallais gusto en la oracion; segundo pretexto para excusaros de ella; y así es necesario facilitaros la costumbre de orar.* Es cosa muy injusta el apartarnos de la oracion por los disgustos y distracciones de espíritu que nos la hacen penosa y desagradable.

1. Porque estos disgustos y distracciones nacen de nuestra tibieza y nuestras infidelidades. Es cosa muy injusta el querer ir á la oracion con un espíritu sereno y tranquilo, con una imaginacion sosegada y un corazon movido, cuando toda nuestra vida es una continua distraccion, y cuando conservamos en nuestros corazones mil afectos desordenados. Las almas mas retiradas y mas santas hallan muchas veces en la memoria de sus pasadas costumbres imágenes funestas, que turban la dulzura y tranquilidad de sus oraciones, aun en lo mas retirado de su soledad; y queremos nosotros en una vida, que aunque sea regular está llena de inquietudes, de ocasiones que nos arrastran, de deleites que nos entorpecen, hallarnos de repente en la ora-

cion unos nuevos hombres, con una tranquilidad de ánimo y de corazon que muchas veces no se halla en el mas profundo retiro y en el mas riguroso desasimiento? No hay cosa mas injusta que semejante pretension. Para tener recogido el espíritu en la oracion es necesario ir á ella con recogimiento; y si quereis que vuestro corazon se halle con alguna disposicion de sensibilidad para las cosas del cielo, es preciso arrojar de él todos los terrenos afectos que le ocupan. El amor del mundo, dice San Agustin, como una peligrosa calentura, derrama en el corazon una amargura universal que nos hace insípidos y fastidiosos los bienes invisibles y eternos. Trabajad sériamente en purificar vuestros corazones, y entonces gustareis las dulzuras y consuelos de la oracion.

2. Es cosa injusta el apartarse de la oracion por causa del poco gusto que en ella se halla, porque estos disgustos provienen de lo poco acostumbrados que estamos á orar. Oramos con disgusto porque oramos pocas veces. 1.º La costumbre de orar es la que únicamente puede disipar estas nubes que forman los disgustos y las distracciones de nuestra oracion.

2.º Las dulzuras y los consuelos de la oracion son fruto y recompensa de la oracion misma. 3.º No sucede con Dios lo que con el mundo; el mundo pierde mucho en que se le conozca íntimamente; pero al Señor es preciso conocerle y gustarle despacio para conocer las grandezas que en sí encierra; y así, la costumbre de orar es la que únicamente puede hacernos amable este santo ejercicio. Pero dirá alguno: ¿cómo se ha de hallar en el mundo tiempo para dedicarse con frecuencia á la oracion? ¿Es posible que no ha de faltar tiempo para solicitar las gractas de la tierra, y ha de faltar para las del cielo, para aplacar la ira de

Dios é implorar sus eternas misericordias? De aquí se infiere el poco caso que hacemos de nuestra salvacion, pues es imposible salvarnos sin orar. Un hombre sin oracion no es cristiano, no tiene Dios, religion ni esperanza, y no ha dado hasta ahora un paso hácia la vida eterna.

3 Finalmente, es cosa injusta el retirarse de la oracion por causa de los disgustos que la acompañan, porque estos disgustos las mas veces no son mas que una prueba con que Dios quiere purificar nuestro corazon; por eso en vez de quejarnos de las tristezas y molestias que nos ofrece la oracion, debemos perseverar en ella con mas fidelidad que si el Señor derramase allí sobre nosotros consuelos sensibles y abundantes. 1.º, porque debemos mirar nuestros disgustos como justo castigo de nuestras pasadas infidelidades. Os habeis negado á Dios por mucho tiempo, no obstante sus mas vivas inspiraciones, y así es justo que el Señor os deje solicitar por algun tiempo, antes de que se os dé con todos los consuelos de su gracia. 2.º Acaso de este modo quiere Dios hacernos mas aborrecible este destierro, y esta separacion en que vivimos de su Majestad. 3.º Acaso quiere inspirarnos mas compuncion de nuestros pasados delitos, dándoos á conocer cada instante la oposicion y el disgusto que han dejado en nuestro corazon á la verdad y á la justicia: acaso, finalmente, con estos disgustos quiere Dios acabar de purificar los afectos demasiado humanos que pueden aún haber quedado en nuestro corazon.



VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA.

SOBRE LA CONFESION.

DIVISION.—Tres defectos que hacen inútiles, por no decir culpables, la mayor parte de las confesiones.—I. Defecto de la luz en el exámen.—II. Defecto de sinceridad en la confesion.—III. Defecto de dolor en el arrepentimiento.

Primera parte. La ceguedad es entre todas las penas del pecado la mas universal de todas, y únicamente la vista de la fe es la que puede disiparla; pero como no hay cosa menos comun que el usar de la fe, tampoco hay cosa mas rara que el conocerse á sí mismo. Esta falta de propio conocimiento, que sirve de obstáculo tan esencial á la utilidad de nuestras confesiones, nace de tres principios.

1. No empleamos el tiempo necesario en examinarnos; toda la vida cristiana debe ser un continuo exámen y una secreta censura de las acciones, de los deseos y de los pensamientos. Como en cada instante nacen en nosotros nuevas impresiones, si nos perdemos un momento de vista ya no nos conocemos, y se forma de nuestro corazon un abis-